



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 18 de septiembre de 2002

Dios, rey y juez del universo

1. "Decid a los pueblos: "El Señor es rey"". Esta exhortación del salmo 95 (v. 10), que se acaba de proclamar, en cierto sentido ofrece la tonalidad en que se modula todo el himno. En efecto, se sitúa entre los "salmos del Señor rey", que abarcan los salmos 95-98, así como el 46 y el 92.

Ya hemos tenido anteriormente ocasión de presentar y comentar el salmo 92, y sabemos que en estos cánticos el centro está constituido por la figura grandiosa de Dios, que gobierna todo el universo y dirige la historia de la humanidad.

También el salmo 95 exalta tanto al Creador de los seres como al Salvador de los pueblos: Dios "afianzó el orbe, y no se moverá; él gobierna a los pueblos rectamente" (v. 10). El verbo "gobernar" expresa la certeza de que no nos hallamos abandonados a las oscuras fuerzas del caos o de la casualidad, sino que desde siempre estamos en las manos de un Soberano justo y misericordioso.

2. El salmo 95 comienza con una invitación jubilosa a alabar a Dios, una invitación que abre inmediatamente una perspectiva universal: "cantad al Señor, toda la tierra" (v. 1). Se invita a los fieles a "contar la gloria" de Dios "a los pueblos" y, luego, "a todas las naciones" para proclamar "sus maravillas" (v. 3). Es más, el salmista interpela directamente a las "familias de los pueblos" (v. 7) para invitarlas a glorificar al Señor. Por último, pide a los fieles que digan "a los pueblos: el Señor es rey" (v. 10), y precisa que el Señor "gobierna a las naciones" (v. 10), "a los pueblos" (v. 13). Es muy significativa esta apertura universal de parte de un pequeño pueblo aplastado entre grandes imperios. Este pueblo sabe que su Señor es el Dios del universo y que "los dioses de los

gentiles son apariencia" (v. 5).

El Salmo se halla sustancialmente constituido por dos cuadros. La primera parte (cf. vv. 1-9) comprende una solemne epifanía del Señor "en su santuario" (v. 6), es decir, en el templo de Sión. La preceden y la siguen cantos y ritos sacrificiales de la asamblea de los fieles. Fluye intensamente la alabanza ante la majestad divina: "Cantad al Señor un cántico nuevo, (...) cantad (...), cantad (...), bendecid (...), proclamad su victoria (...), contad su gloria, sus maravillas (...), aclamad la gloria y el poder del Señor, aclamad la gloria del nombre del Señor, entrad en sus atrios trayéndole ofrendas, postraos (...)" (vv. 1-3, 7-9).

Así pues, el gesto fundamental ante el Señor rey, que manifiesta su gloria en la historia de la salvación, es el canto de adoración, alabanza y bendición. Estas actitudes deberían estar presentes también en nuestra liturgia diaria y en nuestra oración personal.

3. En el centro de este canto coral encontramos una declaración contra los ídolos. Así, la plegaria se manifiesta como un camino para conseguir la pureza de la fe, según la conocida máxima: *lex orandi, lex credendi*, o sea, la norma de la oración verdadera es también norma de fe, es lección sobre la verdad divina. En efecto, esta se puede descubrir precisamente a través de la íntima comunión con Dios realizada en la oración.

El salmista proclama: "Es grande el Señor, y muy digno de alabanza, más temible que todos los dioses. Pues los dioses de los gentiles son apariencia, mientras que el Señor ha hecho el cielo" (vv. 4-5). A través de la liturgia y la oración la fe se purifica de toda degeneración, se abandonan los ídolos a los que se sacrifica fácilmente algo de nosotros durante la vida diaria, se pasa del miedo ante la justicia trascendente de Dios a la experiencia viva de su amor.

4. Pero pasemos al segundo cuadro, el que se abre con la proclamación de la realeza del Señor (cf. vv. 10-13). Quien canta aquí es el universo, incluso en sus elementos más misteriosos y oscuros, como el mar, según la antigua concepción bíblica: "Alégrese el cielo, goce la tierra, retumbe el mar y cuanto lo llena; vitoreen los campos y cuanto hay en ellos, aclamen los árboles del bosque, delante del Señor, que ya llega, ya llega a regir la tierra" (vv. 11-13).

Como dirá san Pablo, también la naturaleza, juntamente con el hombre, "espera vivamente (...) ser liberada de la servidumbre de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios" (*Rm* 8, 19. 21).

Aquí quisiéramos dejar espacio a la relectura cristiana de este salmo que hicieron los Padres de la Iglesia, los cuales vieron en él una prefiguración de la Encarnación y de la crucifixión, signo de la paradójica realeza de Cristo.

5. Así, san Gregorio Nacianceno, al inicio del discurso pronunciado en Constantinopla en la

Navidad del año 379 o del 380, recoge algunas expresiones del salmo 95: "Cristo nace: glorificadlo. Cristo baja del cielo: salid a su encuentro. Cristo está en la tierra: levantaos. "Cantad al Señor, toda la tierra" (v. 1); y, para unir a la vez los dos conceptos, "alégrese el cielo, goce la tierra" (v. 11) a causa de aquel que es celeste pero que luego se hizo terrestre" (*Omellie sulla natività*, Discurso 38, 1, Roma 1983, p. 44).

De este modo, el misterio de la realeza divina se manifiesta en la Encarnación. Más aún, el que reina "hecho terrestre", reina precisamente en la humillación de la cruz. Es significativo que muchos antiguos leyeran el versículo 10 de este salmo con una sugestiva integración cristológica: "El Señor reina desde el árbol de la cruz".

Por esto, ya la *Carta a Bernabé* enseñaba que "el reino de Jesús está en el árbol de la cruz" (VIII, 5: *I Padri apostolici*, Roma 1984, p. 198) y el mártir san Justino, citando casi íntegramente el Salmo en su *Primera Apología*, concluía invitando a todos los pueblos a alegrarse porque "el Señor reinó desde el árbol de la cruz" (*Gli apologeti greci*, Roma 1986, p. 121).

En esta tierra floreció el himno del poeta cristiano Venancio Fortunato, *Vexilla regis*, en el que se exalta a Cristo que reina desde la altura de la cruz, trono de amor y no de dominio: *Regnavit a ligno Deus*. En efecto, Jesús, ya durante su existencia terrena, había afirmado: "El que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor; y el que quiera ser el primero entre vosotros, será esclavo de todos, pues tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos" (*Mc* 10, 43-45).

Saludos

Saludo a los fieles de lengua española; en especial a los peregrinos de Ecatepec y Hermosillo, de México. Interpelados por este salmo, recordad que la cruz es un trono de amor y no de dominio, y que, por tanto, quien quiera ser grande entre vosotros debe ser siervo de todos. Muchas gracias.

(En lengua checa)

El próximo sábado celebraremos la fiesta de san Mateo, apóstol y evangelista. Que su respuesta a la llamada de Cristo siga iluminando vuestra vida cristiana.

(En italiano)

Por último, saludo a los *jóvenes* a los *enfermos* y a los *recién casados*.

Queridos *jóvenes*, hoy en Polonia se celebra la fiesta de san Estanislao de Kostka, patrono de los jóvenes. Que la amistad con Jesús sea para vosotros fuente de alegría y motivo inspirador de todas vuestras opciones comprometedoras. Queridos *enfermos*, hallad en la oración consuelo y serenidad en los momentos de sufrimiento y prueba. Queridos *recién casados*, que el continuo

contacto con el Señor os estimule a corresponder a vuestra vocación familiar.

Llamamiento del Santo Padre

En los días pasados, después de los vientos de guerra que amenazaban sacudir toda la región de Oriente Medio, ha llegado la noticia de la posibilidad de una reanudación de la colaboración entre Irak y la comunidad internacional. Os exhorto a seguir orando para que el Señor ilumine a los responsables de las naciones, estimule y sostenga los signos de buena voluntad y lleve a la humanidad, ya afligida por tantos males, hacia una convivencia sin guerra y sin el atropello de la violencia.